



BIBLIOTECA PÚBLICA MAO

Chesham Street

Brig

Núm. 406.

Mahón, jueves 26 Agosto 1915



# EL PORVENIR DEL OBRERO

## LAS MINAS DE CALIFORNIA

El negocio es bien conocido. Unos cuantos estafadores fundan una sociedad con muchos millones para la explotación de unas portentosas minas de oro. Llamativos prospectos ofrecen ganancias fabulosas. Se reparten con profusión mapas, certificados e informes autorizadísimos. En pocos años se doblará el capital, se triplicará, se centuplicará. El que haya interesado quinientas pesetas se verá convertido en millonario.

Quienes por ignorancia codiciosa, quienes cegados por la ambición, otros sospechando, pero *por probar fortuna*, son muchos los que entregan su dinero, suscribiendo acciones y obligaciones. Ya está hecho el negocio.

Los millones de los fundadores sólo existían sobre el papel, y las minas igualmente. Pero la candidez de los accionistas y obligacionistas constituye el verdadero tesoro del estafador, su mina riquísima, su filón inagotable.

Por semejantes procedimientos, muchos anarquistas españoles han sido engañados por los inventores y explotadores de la *mina revolucionaria mejicana*.

Al principio, todos mirábamos con simpatía el movimiento revolucionario que expulsó a Porfirio Díaz; la palabra revolución tiene para nosotros un atractivo fascinador.

De ello y de la ignorancia general respecto del pasado y del presente y de las condiciones políticas, sociales, intelectuales y morales del pueblo mejicano, se aprovechó una compañía de estafadores instalada en California y con representantes recaudadores en España y en la América española.

Casi todos nuestros periódicos cayeron en el engaño y publicaron artículos entusiastas y fomentaron suscripciones que alcanzaron cantidades importantes, reuniendo a fuerza de sacrificios por trabajadores entusiastas y abnegados, que restaban unos céntimos al jornal escaso, creyendo contribuir a la primera gran revolución anarquista que había de servir de estímulo y ejemplo a todos los pueblos de la tierra.

Mas todo era ilusión. En Méjico no hay, ni hubo, ni pudo haber revolución alguna socialista ni anarquista, porque aquel pueblo, ni moralmente, ni intelectualmente, no tiene capacidad para pensar en revoluciones sociales, ni siquiera para sostener un régimen político de relativa libertad. Lo que hay en Méjico es una lamentable desorganización, que ha permitido la aparición y desarrollo de numerosas partidas capi-

lidad en contra del equívoco sentir de los fanáticos, hemos tenido que arrostrar insultos y perjuicios materiales. Contra nosotros se han alzado de comun acuerdo los engañados y los engañadores. Pero como nosotros escribimos por amor a la verdad y a la justicia y no en busca de gangas y provechos, nunca hemos necesitado transigir con el error, ni con la inmoralidad y nos hemos sentido muy satisfechos cuando al fin hemos visto que los buenos reconocían nuestra razón y la nobleza de nuestra conducta.

Si la expulsión de Porfirio Díaz pudo ser una esperanza, el asesinato de Francisco Madero fué una revelación. Desde entonces, entre cuantos se han hecho proclamar presidentes, o aspiran a serlo, no hay un hombre honrado al frente de un pueblo descoso de libertad, o siquiera de un partido bien intencionado; no hay más que criminales ambiciones arriba y viles instintos abajo; no hay más que cuadrillas de saqueadores dirigidas por generales que han conquistado su puesto y su nombradía, revólver en mano, a fuerza de bárbaras crueldades y de infames traiciones.

¿Quién ha podido inventar que semejantes hombres, tanto los cabecillas como los secuaces, tuviesen alguna relación con el anarquismo, el socialismo o cualquiera otra de las elevadas ideas que estudian los trabajadores de los países más adelantados? La anarquía que reina en el territorio mejicano es la anarquía de los burgueses, la que significa inseguridad para cosas y personas, desorden, escarnio del derecho, corrupción, desenfreno y violencia, es decir, lo diametralmente contrario a nuestras doctrinas de libre acuerdo, de apoyo mutuo, de armonía de intereses, de solidaridad, de tolerancia y de amor, que son la esencia viva del socialismo y del anarquismo.

El engaño en que caímos todos no podía durar, y, en efecto; lo desvanecieron bien pronto las noticias que vinieron de Méjico y de los países vecinos. La suscripción «pro revolución mejicana» fué desapareciendo de nuestros periódicos; algunos rectificaron sus apreciaciones anteriores, otros callaron.

*Regeneración*, de los Angeles, órgano central de la compañía explotadora de la *mina revolucionaria*, llenó sus columnas con groseros insultos a cuantos conociendo la verdad no se conformaron con el papel de cómplices y encubridores. A nosotros nos correspondieron algunos de aquellos insultos, así como bajas de paqueteros y suscriptores, lo mismo que cuando descubrimos al confidente Juan Rull; y que ahora, con motivo de no prestarnos a hacer el juego de los germanófilos disfrazados de pacifistas.

Siempre que hemos cumplido nuestra obligación moral de proclamar la

verdad en contra del equívoco sentir de los fanáticos, hemos tenido que arrostrar insultos y perjuicios materiales. Contra nosotros se han alzado de comun acuerdo los engañados y los engañadores. Pero como nosotros escribimos por amor a la verdad y a la justicia y no en busca de gangas y provechos, nunca hemos necesitado transigir con el error, ni con la inmoralidad y nos hemos sentido muy satisfechos cuando al fin hemos visto que los buenos reconocían nuestra razón y la nobleza de nuestra conducta.

En la anterior etapa de nuestra publicación llegamos a reunir interesantes documentos referentes a este asunto y muchos más hubiéramos acumulado si no hubiésemos creído que era ya cuestión resuelta y que no se volvería a hablar de semejante cosa entre nosotros. Pero, desgraciadamente, los magníficos resultados del negocio han tentado a algunos codiciosos, que otra vez pretenden abrir suscripciones, engañando al número infinito de los cándidos.

Al aparecer *Reivindicación*, procuramos informarnos por medio de antiguos compañeros sabadellenses, los cuales nos confirmaron en lo que ya sospechábamos, negándose ellos, por su parte, a prestar apoyo moral ni material al nuevo órgano de la «revolución expropiadora». Escriban los grupos y compañeros de toda España a compañeros de Sabadell que les merezcan entera confianza, y estos les dirán, seguramente, lo mismo que nos han dicho a nosotros.

Por esto no pudo vivir *Reivindicación* en aquella industriosa ciudad; pero Tomás Herreros la acogió en su imprenta de la Ronda de San Pablo, con el objeto de servirse de ella para publicar los escritos que, con criterio de negociante, no cree conveniente insertar en *Tierra y Libertad*; y allá se han ido, a despotricar contra nosotros, unas cuantas eminencias literarias, científicas y filosóficas.

Fijense A. Lozano, V. García y los grupos y federaciones que han protestado contra las polémicas, en los procedimientos del director de *Tierra y Libertad*.

Herreros sabe del negocio de la revolución mejicana tanto, por lo menos, como nosotros. Por esto, cuando comenzó a hacerse luz sobre el asunto, suprimió de su periódico las suscripciones y las proclamas, encerrándose en un silencio más que prudente. Pero el callar a veces no basta, porque el silencio tiene también su elocuencia.

El silencio de *Tierra y Libertad* es la condenación terminante de los estafadores californianos y de sus repre-

sentantes e imitadores. *Tierra y Libertad* calla porque sabe que las suscripciones «pro revolución mejicana» son una estafa y no quiere verse envuelta en el descrédito consiguiente al descubrimiento de la verdad.

Sin embargo, Herreros acoge a *Reivindicación* en su imprenta de la Ronda de San Pablo, y se sirve de ella para combatirnos y para insultar a todos los que no acatamos su autoridad infalible.

Es necesario que conozcan éstas maniobras todos los anarquistas y principalmente aquellos que nos acusan de promover discusiones y sembrar discordias. Queremos que se nos juzgue a todos con verdadero conocimiento de causa. Tanto nosotros como nuestros calumniadores, hemos de quedar en el lugar que a cada uno corresponde; pero no juntos, porque no somos iguales: ellos en su sitio, nosotros en el nuestro.

No queremos ser cómplices ni encubridores de ningún negocio sucio. Estamos decididos a decir toda la verdad y caiga el que caiga.

Este es sólo el primer capítulo de los varios que pensamos dedicar al estudio de la explotación de la mina revolucionaria.

## Los rumores de paz

«The Daily Chronicle» consagra a los rumores de paz, puestos en circulación en Berlín, un interesante artículo, del que copiamos estos párrafos:

«Alemania, después de inundar a Europa en sangre y lágrimas, quiere colocarse ahora en situación de vencedor generoso, dispuesto a concluir una paz honrosa...»

«Sin embargo, la paz hoy tendría la apariencia de una victoria alemana. No es, pues, extraño que Berlín trate de crear una atmósfera de paz.»

Pero estos esfuerzos no tendrán éxito. Una buena paz para Alemania sería muy mala para Europa y para el mundo.

Si la guerra terminase la próxima semana, el militarismo alemán quedaría justificado por el éxito.

Una Alemania triunfante al final de esta guerra, representaría una Europa encadenada y el eclipse de la libertad en el mundo entero.

La nueva situación impone a todos los aliados el deber de los más vigorosos esfuerzos... hasta que los derechos y la libertad de los pueblos hayan sido restablecidos, hasta que los bienes hayan sido restituidos a sus dueños, hasta que Europa quede desembarazada de la amenaza de un régimen militar. Entonces se concluirá la paz; antes, no.»



ALREDEDOR DE LA GUERRA

Principios y realidades

La negativa a participar en la guerra si-  
gué siendo para algunos anarquistas una  
cuestión de principios.

Hay, evidentemente, en el conflicto que  
se desarrolla, de una parte agresores, y  
víctimas de otra. ¿Qué importa!—se dicen  
—¡Que las víctimas se las arreglen como  
puedan! Sería contrario a los principios  
que los anarquistas interviniesen en la lu-  
cha por la defensa del Derecho y de la Jus-  
ticia, que están en peligro de no ser más  
que palabras, como algunos afirman, si no  
sabemos hacer nada por realizarlos en la  
tierra.

Entre estos neutralistas contra todos y  
a pesar de todo, se encuentran cierto nú-  
mero de buenos camaradas, que han reñido  
a nuestro lado el buen combate en favor de  
las ideas comunistas. Lamentamos su ce-  
guera como ellos lamentan la nuestra. El  
desarrollo de los acontecimientos ha de ha-  
cernos comprender quienes vieron claro.  
Pero lo que es típico, y debiera abrir los  
ojos de nuestros compañeros, es que toda  
la pandilla individualista está con ellos.

La actitud de los individualistas es lógica.  
Profesando el criterio de que la conserva-  
ción de su precioso «Yo» es su regla su-  
prema; que del estado social y de sus se-  
mejantes tienen derecho a arrancar todo  
lo que puedan, sea por la fuerza, por la ha-  
bilidad o por el engaño, ¡qué les importa  
que un militarismo que sueña con someter  
a Europa entera bajo el yugo del imperia-  
lismo alemán intente realizar su sueño  
aplastando a los pueblos que no quieren su-  
frir su yugo! ¡Nada hay en eso que deba  
conmoverles! No extendiéndose su anar-  
quismo más allá de la esfera de su intere-  
sante personalidad, bien brutos serían si  
fueran a arriesgarla en una lucha de la que  
nada pueden obtener personalmente.

Pero los otros, cuyo ideal no se detiene  
en su persona; los que han luchado por una  
idea de justicia y de solidaridad entre los  
hombres, ¿cómo no comprenden que esa  
justicia y esa solidaridad no pueden existi-  
r en el seno de las naciones si no son  
practicadas por las naciones mismas?

Verdad es que existe la cuestión de los  
amos, de los explotadores. «Sería luchar  
por ellos, sería obrar en patriota resistir a  
la agresión alemana», dicen nuestros ca-  
maradas.

Si la negativa de los anarquistas a to-  
mar las armas—que era lógica en tiempo  
de paz, cuando se trataba de preparar la  
guerra—es completamente incomprensible  
una vez la guerra desencadenada, es por-  
que, bátanse o no, la guerra ha de seguir  
su curso, y porque tendrán que soportar  
las consecuencias como sus compañeros de  
explotación. ¿Es estar de acuerdo con los  
principios cruzarse de brazos ante una  
agresión cuya injusticia se admite, desde  
el momento que estos camaradas confiesan  
que todas sus simpatías son para las po-  
blaciones invadidas?

En realidad—dicen—no sabemos de qué  
lado se halla el verdadero agresor. No  
queremos dejarnos arrastrar por nuestros  
amos a una guerra cuyos causantes, des-  
pués de todo, son quizá ellos.

A pesar de los embustes de la diploma-  
cia hay a la hora actual bastantes docu-  
mentos para que se haga una opinión quien  
no cierre los ojos a la evidencia. En cuan-  
to a los hechos, saltan a la vista. Si las  
consecuencias de la guerra hubieran de  
caer sobre nuestros explotadores, com-  
prendería el encogimiento de hombros por  
parte de nuestros camaradas. Desgracia-  
damente, somos nosotros quienes habre-  
mos de soportarlas, juntamente con todos  
los compañeros de opresión y de explota-  
ción; y estas consecuencias diferirán gran-

damente según del lado en que se halle el  
vencedor, digan lo que quieran aquellos  
amigos.

¿Dónde está la verdad?

Convencidos de que toda guerra es cri-  
minal, de que los pueblos no tienen ningun  
razón para odiarse, ningún interés en  
conquistarse, en dominarse recíprocamen-  
te; de que para ellos no puede salir de la  
guerra sino cargas cada vez más pesadas,  
servicios cada día más insostenibles, los  
anarquistas, mientras la guerra fué sólo  
una amenaza, la combatieron con todas sus  
fuerzas e intentaron hacer comprender a  
los pueblos que debían oponerse por todos  
los medios a que sus gobernantes desencade-  
naran ningún conflicto.

Convencidos de que los armamentos in-  
sensatos a que se entregaban las naciones  
no podían menos que hacer inevitable el  
choque; convencidos de que el militarismo  
y el acuartelamiento de los pueblos tenían  
forzosamente que acelerarlo, los anarquis-  
tas han combatido aquellos armamentos,  
han trabajado por suscitar en todas las na-  
ciones los sentimientos de antimilitarismo  
capaces de contener aquella locura mortí-  
fera.

Mas, por apreciables que fuesen los  
efectos de su propaganda, han sido impo-  
tentes para provocar una opinión bastante  
fuerte, susceptible de estorbar los manejos  
de las fautores de guerra.

¡Oh!, si la agresión hubiera partido del  
Gobierno francés, no hay duda alguna: la  
misión de los anarquistas quedaba clara-  
mente trazada: con fuerza o sin ella, ten-  
ían que resistirse a hacerse cómplices de  
la agresión. Es lo que hubieran debido ha-  
cer los socialistas demócratas alemanes—  
puesto que la agresión partió de sus amos  
—si no hubiesen sido traidores a su deber  
de internacionalistas.

Pero... nuestros gobernantes han sabido  
evitar el papel de agresores. No cabe  
duda de que en esta prudencia entró por  
mucho la propaganda antimilitarista de los  
anarquistas. Es lamentable que los socia-  
listas demócratas alemanes, que tenían en  
su favor la fuerza del número, no hayan  
desplegado igual energía en prevenir la  
lucha; sus explotadores no hubieran osado  
provocarla.

No habiendo podido impedir la guerra,  
ni hacer la revolución, los anarquistas, ló-  
gicamente, no pueden mirar con indiferen-  
cia una guerra cuyas consecuencias tend-  
rán que soportar; consecuencias que se-  
rían agravadas con la derrota. No es ver-  
dad que haya en esto una cuestión de pa-  
triotismo; hay una cuestión de *self-de-  
fence* (defensa propia). Y cuando nues-  
tros amigos, los anarquistas alemanes, nos  
aconsejan que imitemos su ejemplo, que  
nos desintereseamos de la cuestión, ven la  
situación de una manera demasiado sim-  
plista.

Comprendo que, ante la desertión de la  
social democracia, su pequeño número les  
redujera, como a nosotros, a la impoten-  
cia; pero su situación y la nuestra no tie-  
ne ninguna semejanza. Ellos son impoten-  
tes para detener la agresión; muy bien.  
Mas, por mi parte, sigo persuadido de que,  
cuando se es testigo de un acto de brutali-  
dad, se debe tomar partido por la vícti-  
ma, hasta cuando el agresor es compatrio-  
ta de uno. Nuestros camaradas alemanes  
lo juzgan de otro modo. Tanto peor para  
ellos. Pero porque no tengan posibilidad  
de desembarazarse de sus señores—si es  
que tienen la voluntad de hacerlo—, ¿ha  
de concluirse que también nosotros debie-  
ramos dejarnos uncir al yugo de que ellos  
no pueden desprenderse? ¿No tenemos ya  
bastante con el yugo propio?

Sin duda, es lastimoso que los trabaja-  
dores se maten entre sí, que vayan a per-  
derse tantos disparos en los pechos de po-  
bres diablos, en tanto que la mayor parte

de los dominadores se quedan apartados.  
Mas ocurre que en tiempo de revolución  
tenemos que combatir igualmente contra  
los nuestros para conquistar la libertad.  
En circunstancias que nosotros no hemos  
creado, ¡tanto peor para quien no sabe co-  
locarse del lado de la justicia!

¿Basta declararse adversario de la gue-  
rra, alardear de principios anarquistas pa-  
ra tener derecho a cruzarse de brazos  
frente a los excesos del invasor? Se repli-  
ca: «los excesos serían los mismos si los  
aliados fuesen los invasores». Puede ser.  
En todo caso, y por el momento, son las  
víctimas, no los verdugos.

Indudablemente, cada país tiene en su  
historia páginas que no le hacen ningún ho-  
nor. Todos los países tienen por qué que-  
jarse de las violencias de sus vecinos. El  
crimen estriba en haberlas desencadenado  
nuevamente. Hasta el presente, los hechos  
demuestran que la responsabilidad de esto  
recae sobre el imperialismo alemán. Nos  
llevaría demasiado lejos emprender aquí la  
demostración. Léase el informe de Basch  
«La guerra de 1914 y el Derecho», publi-  
cado por la Liga de los Derechos del  
Hombre.

Por mi parte, estoy convencido de que  
los periódicos han exagerado mucho las  
atrocidades que los alemanes hayan come-  
tido. Mas es muy cierto que, al igual que  
toda soldadesca, no son precisamente «san-  
tos inocentes». Sabemos demasiado a qué  
excesos pueden entregarse hombres, lan-  
zados a la matanza, para pensar un solo  
momento que, por doquiera pasaron, los  
soldados del Kaiser se han conducido como  
inmaculados corderitos.

Excesos, violencias contra los habitantes  
de los pueblos invadidos, contra las muje-  
res, los niños, los viejos, los enfermos, ha  
debido haberlos; los hubo ciertamente. Por  
lo que conocemos acerca del espíritu del  
militarismo alemán, hasta podemos estar  
seguros de que, en los planes de su Esta-  
do Mayor, entró el intento de aterrorizar  
a las poblaciones por lo que él llama «ejem-  
plos». Las correrías aéreas, el bombardeo  
de ciudades no fortificadas, fuera de la lu-  
cha, en Inglaterra: el torpedeamiento, sin  
aviso, de barcos pesqueros, de navíos mer-  
cantes, incluso neutrales; de transportes  
de pasajeros civiles, de buques hospitales;  
la más alta distinción condecorativa otor-  
gada por el Kaiser al comandante del sub-  
marino que torpedeó al *Lusitania*, aca-  
rreando la muerte de más de mil paisanos,  
entre ellos numerosas mujeres y niños, no  
pueden dejar ninguna duda sobre lo ex-  
puesto más arriba. Esta manera de hacer la  
guerra, sería ampliamente suficiente, se-  
gún mi criterio, para provocar la indigna-  
ción de todo amante de la humanidad.

Juan Grave.

*Acción Libertaria* tradujo este notable  
artículo de *La Bataille Syndicaliste*, de  
París.

Los puntos suspensivos indican mutila-  
ciones de la censura francesa.

*El modo de producción de la vida  
material determina, en general, el  
progreso social, político e intelectual  
de la vida. No es la conciencia del  
hombre lo que determina su manera  
de ser, sino su manera de ser social  
lo que determina su conciencia.*

Carlos Marx.

El autor del siguiente romance, que  
se publicó en *La Voz del Cantero*,  
hace trece años, nos lo remite para su  
reproducción, por creerlo de oportuni-  
dad en los presentes momentos:

Helo aquí:

¿Y el mejoramiento...?

Al cabo de tantos,  
tan graves sucesos;  
de estériles luchas,  
motines sangrientos,  
asaz espantables,  
que ponen derechos  
los pocos pelillos  
que «aún poseemos»,  
pregunto yo ahora:  
Vamos, compañeros,  
¿dónde está, decidme,  
el mejoramiento...?  
Huelgas y más huelgas,  
leyes y proyectos,  
crímenes y robos,  
sangre, plomo, acero...  
Estados muy ricos  
y míseros pueblos;  
mús y brisca y tute  
y envilecimiento;  
libros a montones  
baratos y buenos  
que no compra nadie  
porque no hay dinero.  
Siguen las tabernas  
haciendo de Centros.  
¡Viva el fanatismo,  
los toros y el juego!  
¡Viva el Valdepeñas...!  
¡Vivan sus efectos...!  
¡Viva la ignorancia,  
que es madre del miedo,  
y hace de los hijos  
del hispano suelo  
rebaños de ovejas  
y humildes borregos!  
Sigue muy tranquilo  
cierto *socialero*,  
que pone a la huelga  
general su veto.  
Come y no trabaja...  
(¡bien haya el progreso!)  
Viste de la lana  
que muchos tenemos.  
Siguen los burgueses  
tan gordos y frescos,  
sudando nosotros  
y comiendo ellos.  
Siguen aherrojándonos  
todos los gobiernos,  
que van gustosísimos  
sobre el burro obrero.  
No existe la fábrica...  
en cambio hay conventos  
de monjas guapísimas,  
de frailes muy gruesos,  
y un pueblo de tísicos,  
de tontos y necios  
que camina, impávido,  
al derrumbamiento.  
Siguen en sus trece  
todos los caseros,  
lanzando a la calle  
al pobre plebeyo  
que deba dos meses.  
Sigue por los cielos  
todo comestible...  
Nos roba el tendero,  
en el pan nos roban,  
nos estafa el verbo,  
nos hartan de palos  
y abur, y *laus Deo*.  
Y seguimos todos  
en Madrid viviendo  
en cuartos-pocilgas,  
lo mismo que cerdos.  
Van nuestras mujeres  
enseñando el cuerpo;  
que todas sus ropas  
a empeñarse fueron.  
Los hijos desnudos,  
nosotros en cueros...  
No cabe dudarle,  
marchamos al pelo.  
Y así hemos seguido,  
y así seguiremos,  
SOCIALISTEANDO,  
ANARQUICAYENDO,  
y sin acordarnos  
del pobre puchero  
que, a la *funerata*  
tenemos ha tiempo.  
Y vamos andando  
que ya viene presto  
el siglo tristísimo  
de Hugo Capeto.

Torno a la pregunta:  
vamos, compañeros,  
¿dónde está, decidme,  
el mejoramiento...?

Lorenzo Corchuelo.



BIBLIOTECA  
PÚBLICA  
MAO



## LOS REFRACTARIOS

Habíamos anunciado en nuestra anterior circular la salida en la primera quincena del mes de Agosto de esta nueva publicación anarquista.

Pero a causa de la informalidad e incumplimiento de la imprenta donde había de confeccionarse, nos vemos obligados, con objeto de no alterar los días de su salida, a suspender su publicación para el 1.º de Septiembre.

Sirva esto de aviso y explicación para todos nuestros compañeros y amigos que esperaban la salida de *Los Refractarios* el 15 de este mes.

Y al mismo tiempo tomen nota de su nueva dirección, a la que se dirigirá en lo sucesivo toda la correspondencia de redacción y administrativa: *Los Refractarios*, Apartado de Correos, 402.—Madrid.

LA REDACCIÓN.

Madrid 15 Agosto de 1915.

### Sueño de un pensador

## El ramo de olivo

No hay quien ofrezca el ramo de olivo a nuestra Humanidad, siempre doliente, y más doliente hoy que nunca. No hay quien lo ofrezca, y, lo que es peor, no hay quien pueda ofrecerlo. Tal es la desdicha que pesa hoy sobre los hombres que hasta para alcanzar la paz es menester guerrear. Los mismos pacifistas, partidarios ¡sublimos, ilusos!, de la paz universal, para imponerla, amenazan con la guerra. Nadie, nadie, nadie puede brindar hoy el ramo de olivo a los infelices que tenemos la desdicha de vivir en este momento.

Digo nadie y digo mal. Uno, un hombre sólo podría ofrecer la paz, pero ese hombre se cree un ser elegido por Dios para desempeñar altas misiones sobre la Tierra y las busca anegando en sangre y lágrimas. Ante los mahometanos, ese hombre dice ser su Profeta; ante los judíos, ese hombre dice ser su Mesías; ante los cristianos ese hombre dice ser su Salvador; y ese hombre desempeña sus funciones de elegido por Dios, rodeado de individuos que matan, destrozan y queman al hereje que no cree en el ungimiento de su Señor. Y así es fuerza dejarse matar, o dejarse convencer o rebelarse, contra tanta impostura. No hay más solución ni más dilema. O guerra a favor de esa nueva secta que pretende redimir el mundo a cañonazos, o guerra en contra; y cuanto hicieron socialistas, sindicalistas y anarquistas, para imponer paz a los hombres, si algo pudieran hacer, sería en contra de la paz misma y a favor de quien ha provocado la guerra con sus delirios de grandeza y de quienes sólo en la guerra piensan y por la guerra viven.

Para sí y para su pueblo, pide el kaiser el dominio del mundo; por la independencia moral y la libertad civil de las naciones, se oponen, las demás, a las quimeras del que ya se considera dueño y señor de Europa; por la vida del pueblo quieren, los partidos socialistas, que la horrorosa matanza termine; pero unos por conquista, otros por defenderse y los demás por humanidad, a la guerra han de acudir todos. Es un círculo vicioso en el que dan

vuelvas inútiles y vuelvas interminables, todos los hombres y todos los ideales. Corren en busca de la paz y la paz se les escapa, porque la guerra va con ellos y con ellos da vueltas. La llevaban antes en el pensamiento; ahora la llevan en el estómago, además de llevarla en el pensamiento.

Sobre la desigualdad, madre de la injusticia, constituyeron, los más sabios y los más listos de los hombres, esta pobre humanidad nuestra; y la desigualdad creadora de la injusticia, ha dado por consecuencia la fuerza y la guerra. Para defender lo mío y distinguirlo de lo tuyo, menos que lo mío o nada, se ha tenido que dar una razón; esa razón, con el tiempo, ha sido elevada a ley y la ley de lo tuyo mucho y de lo mío poco o nada, ha tenido necesidad de las armas, dentro de casa, por guardarlo de los vecinos, y fuera, por guardarlo de los extraños. Este es el fundamento y el principio de toda guerra.

Desde que los más listos y los más sabios de los hombres, torcieron, por su mal y por mal de todos, la vida que la propia Naturaleza y el trabajo nivelaban, las leyes para el Gobierno de un país y para el gobierno de todos, se hicieron a gusto del más fuerte hoy, y se modificaron a gusto del más fuerte mañana. De ahí la guerra, y mientras no se reforme la sociedad, siempre la fuerza quitará a unos para dar a otros, o quitará a otros para dar a unos; y los estados legales de hoy no serán más que estados resultantes de la guerra, o de la fuerza, de ayer.

Los hombres, sin embargo, ¡pobres hombres! antes que modificar las leyes sociales que determinan los estados de guerra, prefieren morir en los campos de batalla. Esto es, prefieren sufrir tanta matanza, antes que modificar el sistema social que la produce. ¿Quedarán horrorizados de su propia obra, después de esta carnicería? ¿No intentarán un ensayo de igualdad social para acabar con la oposición de intereses que divide a los hombres? Esos genios portentosos y esos hombres inmortales por su gran talento ¿no buscarán de hoy en adelante la inmortalidad llevando a las sociedades por el camino de la paz?

Borrando lo mío y lo tuyo se quita la razón de defenderlo, solo o bien acompañado, de los que nos lo disputan y de engrandecerlo quitándolo de los demás. ¿Qué son las guerras más que medios para engrandecer los reinos y qué son los reinos más que patrimonio de los reyes? Una nación floreciente y rica, es, para el príncipe que ha de heredar, lo que una casa acomodada para sus herederos: medio de mejor esplendor y de encontrar partidos matrimoniales más ventajosos. Y así como los padres, establecido el derecho de propiedad, procuran, por todos los medios, engrandecer la suya para dejarla engrandecida a sus hijos, así también, los reyes procuran engrandecer su propiedad, que es su reino, por medio de la diplomacia o de la guerra, para dejarla engrandecida a sus descendientes. Una misma ley achica y engrandece las naciones y achica o engrandece las haciendas particulares. Una misma base o razón social motiva aquel engrandecimiento o

aquella reducción de valores, y los modos son iguales; sólo que la guerra que para enriquecerse hacen los particulares, no es tan cruenta, por ser más reducida y más humana, que la que se hacen los emperadores. Hasta hay semejanza en los elementos de que se valen unos y otros para ensanchar sus riquezas y sus dominios. Soldados, por las soldadas que reciben, se llaman unos; asalariados, por los salarios que perciben, se llaman otros. Y todos van a la conquista empujados por sus amos o señores. Es la propiedad individual la raíz de tales hechos.

No vea el lector, en estas líneas, la mano ni la astucia de un escritor tendencioso; antes vea el alma de un altruista que se desvive por el bien de todos y que no comprende que las personas sean tan ciegas que antes prefieran la muerte de sus seres queridos que la municipalización de sus intereses, con la cual desaparecería, de hecho, todo motivo y causa de lucha y guerra, mejorando, de paso, la vida moral y material de todo el mundo.

Si en alguna ocasión ha sentido el cronista la pequeñez de su persona, es en este momento que lamenta no ser hombre de prestigio universal, hombre guía para guiar a los demás hacia la paz eterna, amortizando la Tierra en la Humanidad, que es la más natural y la más sencilla de las amortizaciones. Pero los hombres: ¡pobres hombres!

Se creen grandes y son chicos; se consideran sabios y saben muy poco. Todos, teólogos, filósofos, políticos y sociólogos se han dado, desde el principio de la Historia, a buscar una doctrina que, a modo de ingerto, diera a la vida social el vigor, la lozanía, la salud, la paz y la justicia que le falta, y el ingerto, o la doctrina, no ha cogido, porque lo que le hace falta a la vida social, al árbol social, no son ingeritos ni doctrinas; sino cambios de sistema o de árboles desde la raíz al tallo. Grandes y buenos fueron los ideales de Confucio, de Budha, de Jesús, de Mahoma, pero como no se dedicaban más que a las almas, dejando los cuerpos sujetos al vasallaje del salario que les imponía la propiedad privada, las doctrinas de aquellos grandes hombres no tuvieron más que un dominio puramente ideal.

Repite el cronista que con sus ideas no pretende ofender los sentimientos de nadie ni castigar intereses; antes quiere armonizarlos y engrandecerlos todos. Nunca al que escribe le ha preocupado el proselitismo, pero ¡es tan inmensa la desdicha presente! ¡Es tan inmensa la catástrofe que en este momento padecemos todos los hombres!

¿Por qué no hacen un ensayo de paz quitando los motivos fundamentales y permanentes de la guerra?

Federico Urales.

*La caridad envilece al hombre en lugar de ennoblecerle, apagando en su corazón todo sentimiento de dignidad personal y arrebatándole toda iniciativa para luchar y conquistar su propio derecho a la vida. Por grande que sea la miseria, el egoísmo humano lo es aún más; la caridad no deja de ser un dique de paja elevado en vano para detener el flujo desbordante de la miseria y del vicio.*

César Lombroso.

## A los compañeros de El Porvenir del Obrero

Compañeros: aunque para vosotros este tercero y último escrito sea la repetición de los otros dos, no puedo dejar de contestar algunos de los párrafos por vosotros escritos.

En todos vuestras explicaciones no existe ningún argumento sólido para que los anarquistas seamos partidarios de los aliados.

Vuelvo a repetir que yo en nada sé ver que el triunfo de los aliados pueda mejorar la marcha del progreso.

Porque ni es el pueblo germánico ni el pueblo latino que han movido esta carnicería, sino los directores de uno y otro bando por sus asuntos ajenos al pueblo de que nosotros formamos parte. Los unos y los otros (me refiero a los pueblos) han sido entrenados a esa hecatombe por los que pasan por ser sus protectores, y ellos, ignorantes por un lado y cobardes por el otro, se han dejado arrastrar adonde los poderosos han querido.

Esta carnicería hace tiempo que sin consuntarlo al pueblo se preparaba; sino a la memoria tenemos todas las entrevistas efectuadas por los principales personajes de los países beligerantes.

Teméis mucho el triunfo del gobierno alemán; yo no sé ver el por qué es que nuestro mejoramiento depende de los de arriba? ¿En caso de que triunfen los alemanes, vamos a quedar cruzados de brazos? ¿Es que la historia de los pueblos no nos enseña que todas las mejoras conquistadas han sido siempre arrancadas por la violencia? ¿Es que en Inglaterra y Francia (de Rusia no hablamos) los poderosos no ponen las mismas trabas que los otros gobiernos para el mejoramiento de sus esclavos?

¿Pues qué nos importa el triunfo de uno o del otro, si en todas partes tendremos que unirnos y luchar si en algo queremos mejorar? Ni los Joffre, ni los Von Kluc, ni todos los que se despedazan en los campos de batalla, harán nada en favor del progreso; siempre la gente del sable es el fiel instrumento de los tiranos.

No seáis tan apresurados al afirmar que la Francia será la primera en la revolución futura; puede ser, pero será cambiando el camino emprendido; será cuando deje de creer en *redentores*, como hicieron los campesinos del 89; cuando en vez de ser franceses serán más cosmopolitas; será cuando cerrarán algunos de los 482.804 establecimientos expendedores de alcohol. Entonces se podrá confiar en la Francia; pero hoy está lejos de emprender ese camino. Sobre la afinidad mental de Manuel Andreu, no sé a qué os referís, no sé lo que él ha escrito sobre ese asunto; no me interesa. Lo que yo escribo puede ser tan pobre como queráis, pero es propio; ni quiero pasar por germanófilo ni francófilo, sino que, mientras no vea otras razones más claras que me hagan ver lo contrario, seguiré siendo como soy, importándome un bledo que por algunos sea un imbécil y un embustero; miraré de que mis actos estén en concordancia con mis ideas, y eso es todo.

Da lástima al leer la prensa anarquista el ver que porque uno piensa diferente de otro, en vez de discutir y deducir verdades, lo primero es el insulto y la calumnia, enconando el odio entre nosotros, que de ello no más se aprovechan nuestros enemigos. Creo que es otro el camino a seguir; discutir, controvertir amistosamente, eso es propio de hombres, pero el insulto y la calumnia es indigno de los que quieren ser los renovadores de esa sociedad podrida.

Salvador Torrents.



Nos dispensará el amigo Torrents la tardanza en publicarle su escrito, debida a la necesidad de defendernos de los injustos ataques de los anarquistas germanófilos. Si todos discutieran en la forma correcta y moderada que él lo hace, se podrían tratar todos los asuntos en la prensa obrera y buscar entre todos la verdad; pero, por desgracia, muchos no tienen la cultura moral suficiente, y esos son los que convierten las controversias en disputas.

Sentimos que el compañero Torrents no opine como nosotros, sobre todo en lo que se refiere a las virtudes del pueblo francés, más ilustrado, más liberal y más valiente hoy día que cuando asaltó la Bastilla y decapitó a Luis XVI.

No en vano han pasado cien años de relativa libertad, con sus revoluciones políticas, con sus adelantos científicos y de aplicación a todas las industrias. No en vano una pléyade brillante de pensadores ha propagado las nobles ideas que servirán de fundamento a la sociedad futura.

Los franceses de la Revolución eran, en su inmensa mayoría, analfabetos, hambrientos y *descamisados*, como les llamaban sus enemigos, y no tenían conciencia de clase, obedeciendo la dirección de la burguesía, que hizo la revolución y se aprovechó de ella.

Hoy el trabajador francés tiene personalidad propia, ha recibido las lecciones de los hombres más eminentes y abnegados y ha demostrado su buena voluntad y la firmeza de su carácter para la conquista del porvenir.

El esfuerzo que está realizando el pueblo francés en la defensa de su libertad, de su territorio, de su dignidad; el sacrificio individual que realizan miles y millones de franceses a beneficio de la colectividad natural a que pertenecen; todo ello es tan grande y tan noble, que podrán no verlo algunos desorientados, pero las generaciones venideras, que disfrutarán sus beneficiosas consecuencias, lo admirarán y señalarán como hermoso ejemplo.

El amigo Torrents ha contado los establecimientos que expenden alcohol; pero no ha contado las Escuelas que son la gloria de Francia; tampoco recuerda que en España dejó las mismas tabernas, sin la compensación de las Escuelas; por el contrario, aquí tenemos los conventos y las plazas de toros.

Todos los pueblos tienen sus cualidades y sus defectos, y si se tratase de escoger entre el pueblo francés y el alemán, nos declararíamos en favor de ambos y en contra de ninguno. Pero esta guerra no la han promovido el pueblo alemán ni el pueblo francés, sino los emperadores, la aristocracia militar prusiana y el partido pangermanista, que aspiran a la dominación violenta sobre todos los pueblos de la tierra. Por esto tememos el triunfo de Alemania y no tememos el de Inglaterra y Francia, países gobernados por la opinión popular, de tradición revolucionaria.

Si triunfan Inglaterra y Francia, las ideas de libertad y democracia no correrán ningún peligro. En cambio, si vencen Alemania y Austria, el mundo retrocederá política y socialmente, de tal modo que las esperanzas de eman-

cipación económica de los trabajadores recibirán un golpe de muerte.

Los trabajadores anarquistas o socialistas que no ven esto es porque cierran los ojos a la realidad, o porque desconocen la historia y el carácter de los diversos pueblos y de sus gobernantes.

La casa de Austria ha representado siempre la reacción política, la intransigencia contra las libertades populares, la opresión, la tiranía en todas sus manifestaciones. El imperialismo prusiano ha añadido la forma del moderno militarismo, el espíritu de autoridad y subordinación llevado a los límites más denigrantes.

Es natural, por lo tanto, que ambos imperios traten de aplastar al pueblo francés de la Revolución y al pueblo inglés, defensor de la libertad religiosa y política en todas las latitudes.

La guerra actual es para los franceses la continuación de las guerras de la Primera República contra la coalición de las monarquías. Si es vencido, perderá su libertad y la esperanza de perfeccionarla y ampliarla y de conquistar su emancipación económica.

En todos los países del mundo, los partidos populares revolucionarios recibirán un golpe de muerte si llegan a triunfar los imperios militaristas. La actitud sediciosa de los clericales y absolutistas españoles, que amenazan con la guerra civil si España se inclina en favor de los aliados, sería suficiente para abrir los ojos de todos los liberales, de todos los amigos del progreso que aspiran a nuevas y más perfectas organizaciones sociales.

Desgraciadamente, los absolutistas y clericales marchan muy unidos en esta cuestión de vida o muerte; mientras que entre los elementos liberales hay que lamentar la obcecación de algunos anarquistas que facilitan la labor liberticida, secundando, bajo la máscara pacifista, los planes del Estado Mayor prusiano.

Si Alemania llegase a triunfar y el amigo Torrents, a quien creemos sincero en sus opiniones, tuviese que soportar personalmente la Kultura del sargento alemán no tardaría en arrepentirse, cuando ya su arrepentimiento sería completamente inútil.

## Ante todo, mejorar

El simple hecho de ser socialistas, anarquistas o republicanos ¿es lo suficiente, para hacernos la guerra continua? Antes que todo, debe tenerse en cuenta que son los mismos males, las mismas causas, los mismos atropellos, arrojados en las filas proletarias, los que nos agobian y hacen sufrir física y moralmente. Siendo todo esto, ¿por qué dar lugar a intrigas personales y de partido?

¿Por qué gastar en ello tantas energías, entre tanto van contentos de la táctica de divergencias los patronos y autoridades? Siguiendo esta labor siempre seremos nuestras propias víctimas. ¿Cuántas veces seremos nosotros mismos inconscientemente los perturbadores de la buena táctica de los compañeros, haciendo con ello decaer los ánimos, la voluntad, el arrojo y la abnegación, valor inapreciable en todos los trances de lucha!

Despreciemos estas pequeneces, producto del ambiente ineducado, veamos claro, desechemos intermediarios poco probados,

seamos lo que somos en las ideas, sean o no llevaderas a la práctica y vayamos al fin.

Sólo un enemigo tenemos y a éste se le responde golpe por golpe, en las sociedades de resistencia y sindicatos, pero no con tácticas diferentes, si no con una sola; luego... luego discutamos, votemos o dejemos de votar, pero no perjudiquemos por capricho a nuestras madres, padres, hermanos; esposas e hijos privándoles por tal causa de mejoras en el hogar, porque no tenemos derecho a hacer padecer a otros por nuestra culpa.

Seamos hermanos en fatigas y luchas; impere en nosotros la alegría, el afecto y el amor a todos los que tienen hambre y sed de derechos, preparando así el sendero por el cual han de llegar las futuras generaciones a la deliciosa sociedad que entreveamos, con menos penas de las que padecieron nuestros antepasados y hemos padecido nosotros para llegar a donde estamos.

Recibid mi más cordial saludo.

Langreo Sama.

C. Argüelles.

## Al oficio de platería

Compañeros y compañeras, salud.

En vista de la gran explotación que sufrimos todos los del ramo de platería, una Comisión de jóvenes entusiastas por las ideas de progreso ha tomado la iniciativa de organizar por todos los medios que estén a su alcance la Sociedad del oficio.

Todos estamos conformes en apreciar la tiranía patronal que sufrimos, incluso las mujeres (nuestras hermanas, hijas, madres, o prometidas) que trabajando 12 ó 14 horas todos los días no ganan para comer un mal alimento. Mirad sus rostros, fijaos en su físico y en todas vereis el principio de la tuberculosis. ¿Quién tiene la culpa de tanto malestar? Nosotros los plateros en particular, y todos los trabajadores en general; en casa de todos hay una o más mujeres que han de sufrir la explotación burguesa y la de la familia, todo por la indiferencia con que miramos las cosas.

Por lo expuesto, la Comisión organizadora ha creído bien hacer un llamamiento, por medio de este periódico a todos los que estéis conformes en formar la Sociedad del ramo, a formar listas por talleres y casas particulares, para poder hacer los trabajos necesarios para constituirnos oficialmente.

La Sociedad de Zapateros nos facilita local para nuestra organización, en su domicilio social, Plaza Explanada 45, donde habrá la Comisión organizadora de 8 a 10 noche días laborables y 10 a 12 días festivos por la mañana.

Convencidos de que acudiréis a nuestro llamamiento, nos despedimos de todos deseándoos

Salud y emancipación.

Mahón 18 Agosto 1915.

## El Porvenir del Obrero

CONDICIONES:

Suscripción: Un trimestre. Ptas. 1'00  
Número suelto . . . . . 0'05  
Paquete de 30 ejemplares. . . . . 0'90

Para el extranjero se carga el precio del franqueo.

## Libros y folletos

que pueden adquirirse en la "Tipografía Mahonesa", calle Nueva.

	Pesetas
«Via Libre», por A. Lorenzo . . . . .	1'00
«La religión al alcance de todos», por R. H. de Ibarreta . . . . .	1'00
«Los Hijos del Amor», por F. Urales . . . . .	1'00
«El abogado del obrero», por José Sánchez Rosa . . . . .	1'50
«La Aritmética del Obrero», por José Sánchez Rosa . . . . .	0'75
«El verdadero testamento del cura Meslier» . . . . .	0'25
«La Anarquía y la Iglesia», por Reclus . . . . .	0'15
«La mujer» . . . . .	0'15
«El absurdo político», por Paraf-Javal . . . . .	0'15
«Criterio Libertario», por A. Lorenzo . . . . .	0'25
«El sindicalismo», por E. Pouget . . . . .	0'15
«Las bases del sindicalismo», por E. Pouget . . . . .	0'15
«Declaraciones de Etievant» . . . . .	0'15
«Legitimación de los actos de rebeldía», por Etievant . . . . .	0'15
«A los trabajadores» . . . . .	0'05
«Biografía de M. Bakounine», por Rafael Farga Pellicer . . . . .	0'10
«El ideal anarquista», por Ricardo Mella . . . . .	0'25
«Las grandes obras de la civilización», por Ricardo Mella . . . . .	0'15
«Entre campesinos», por E. Malatesta . . . . .	0'10
«¿Por qué somos anarquistas?», por F. S. Merlino . . . . .	0'10
«El Cancionero Libertario» . . . . .	0'10
«La Anarquía ante los Tribunales», por Pedro Gori . . . . .	0'15
«Fundamento y principales tendencias del anarquismo contemporáneo», por Anselmo Lorenzo . . . . .	0'10

## BIBLIOTECA DE EL PORVENIR DEL OBRERO

EL PATRIMONIO UNIVERSAL (*Conferencia sociológica*), por Anselmo Lorenzo.

LA ANARQUÍA, por Eliseo Reclus.

LA MUJER, *consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt.

Estos folletos se venden al precio de 15 céntimos ejemplar.

A los corresponsales se les hace el 33 por 100 de rebaja.

Los pedidos han de venir acompañados de su importe.

## Correspondencia

Cabra.—A. M. R.—Servimos 5 ejemplares desde este número.

Alcoy.—E. S.—Id. 15 id. id. id. Madrid.—P. J.—Id. 10 id. desde el número 403.

Cornellá de Llobregat.—V. V.—Recibido 2 pesetas. Tienes pagado hasta fin del año corriente.

Elvira.—B. J.—Servimos suscripción.

Benavente.—B. V.—Recibido 1 peseta por conducto de *Acción Libertaria*. Servimos 1 *Demostración de la inexistencia de Dios*.

El Rubio.—E. B.—Recibido 5 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad* número 270.

Sama de Langreo.—L. A.—Servimos 5 ejemplares desde este número.

Montalbán.—A. G. R.—Damos por recibidas 1'30 pesetas por mediación de *La Voz del Campesino*. Servimos suscripción.

Elda.—E. S.—Recibido 1'15 pesetas por mediación de *Solidaridad Obrera* número 100.

Baena.—F. R.—Recibido 2'25 pesetas. Nos convendría saber en qué concepto se ha hecho este envío.

Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón